

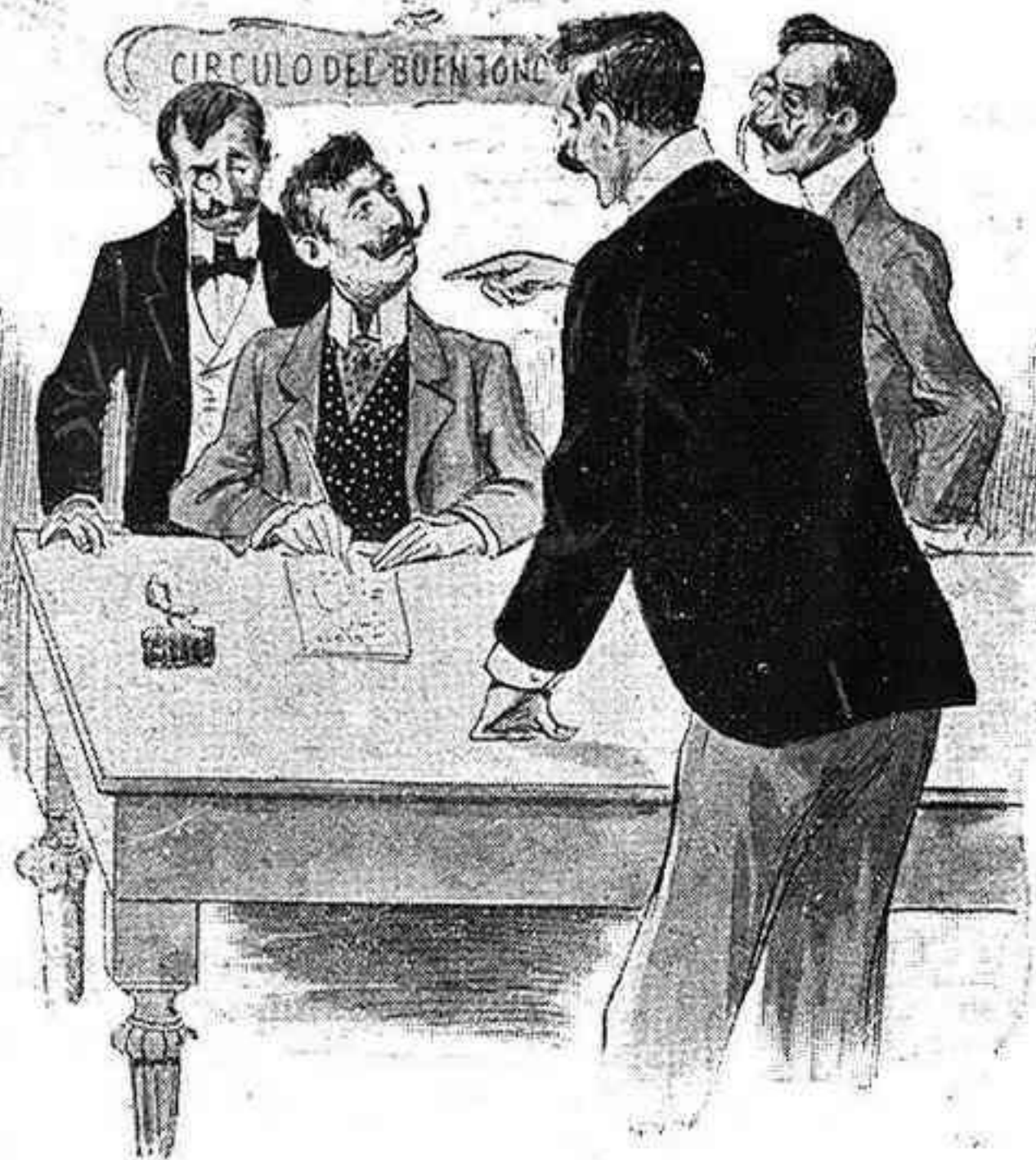
PLUMA Y LÁPIZ



NÚM. 123



PROBLEMA RESUELTO, por GASCÓN



1.—Ese problema de la cuadratura del círculo es irresoluble.
—Tal vez un día aparezca un hombre excepcional que lo consiga.



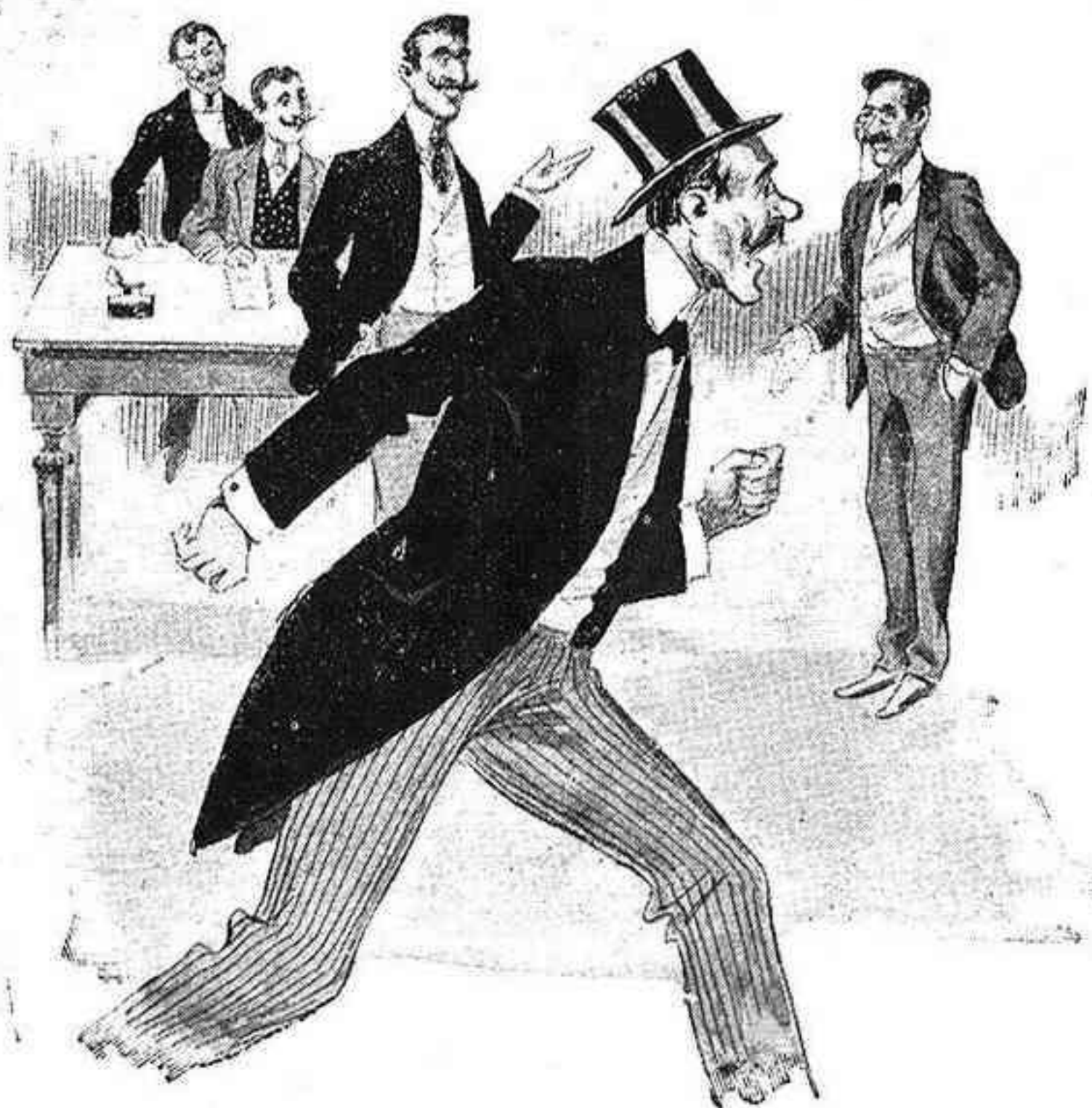
2.—Estoy solo, la caja abierta y llena de billetes y moneda. No resisto la tentación. Quiero ser rico.



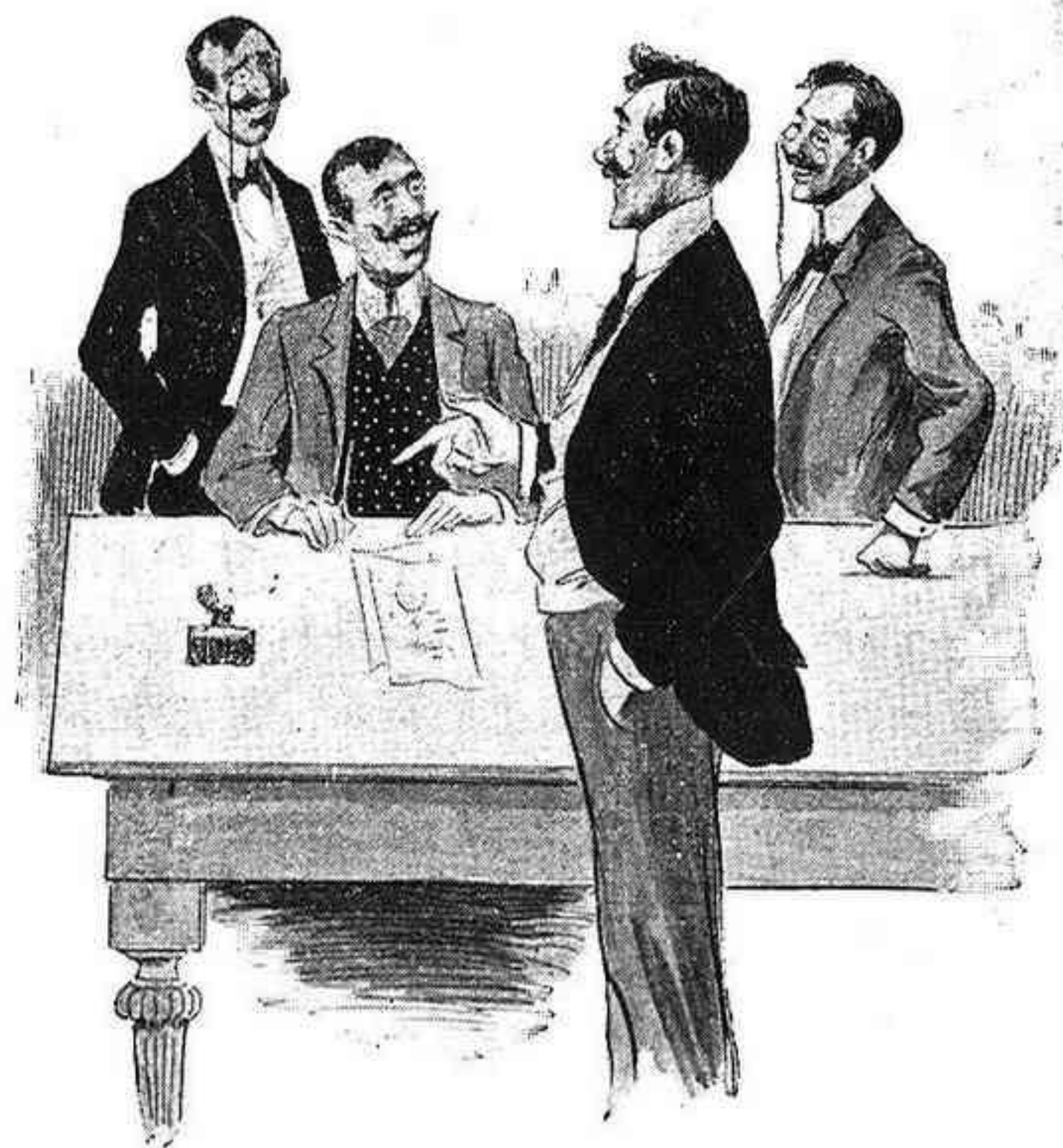
3.—¡Caramba! Me había dejado la caja abierta. ¡Qué descuido! ¡¡¡Robado!!! Pero ¿quién habrá sido?



4.—¡Ah! El conserje huye. ¡Miserable!

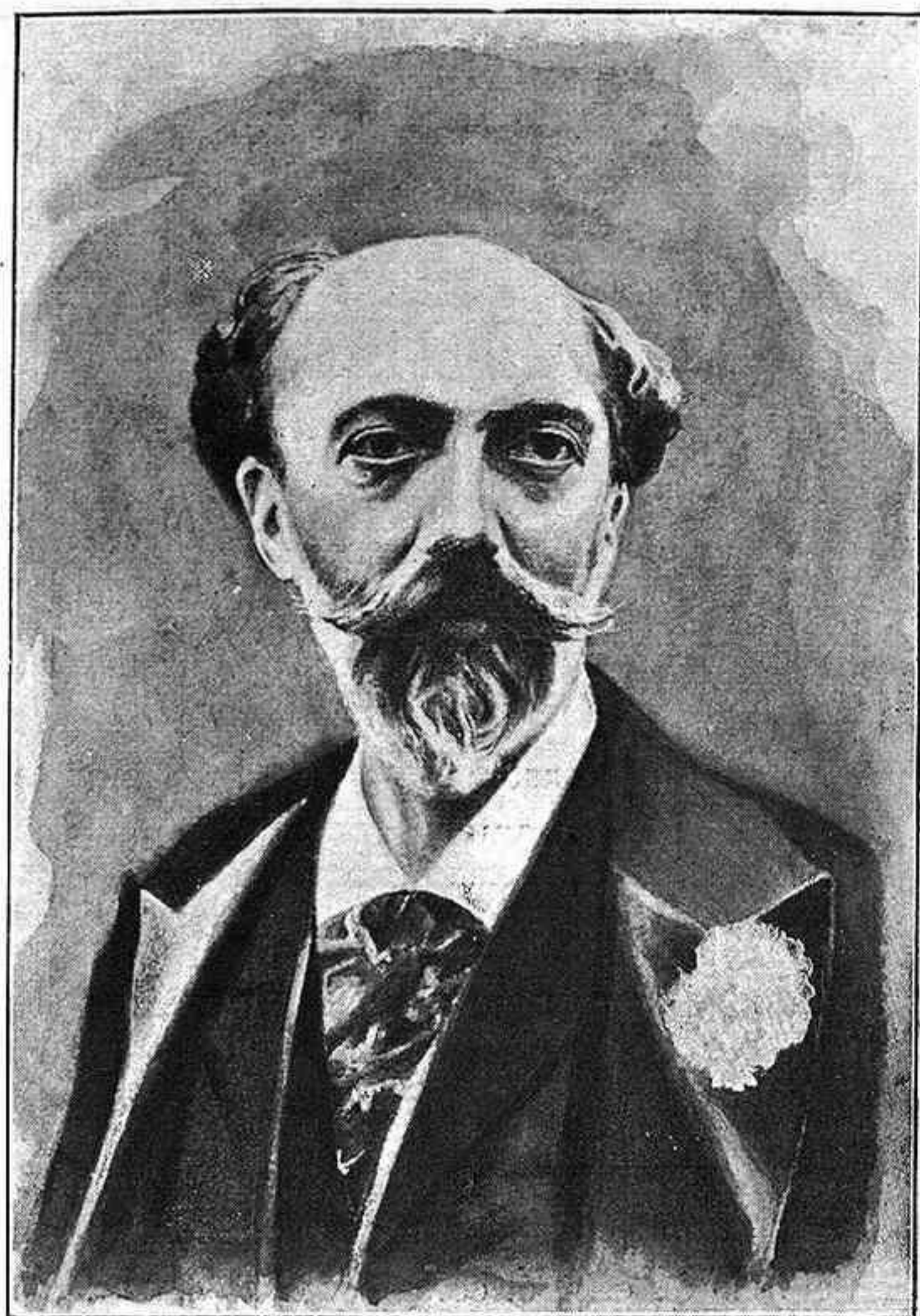


5.—¿Qué te sucede? ¿Dónde vas tan descompuesto?
—El conserje nos ha robado. ¡Ha dejado al Círculo en cuádro!



6.—¡Eh ahí el hombre excepcional que tú esperabas! ¡Ese ha resuelto la cuadratura del Círculo!

Tristes actualidades



BLASCO LEYENDO Á MARIO
SU PROVERBIO «POBRE PORFIADO» (1878)
(De *La Ilustración Española y Americana.*)



Las letras y la ciencia acaban de perder á dos de sus más eminentes representantes: Eusebio Blasco, el gran periodista, autor dramático y poeta exquisito, y el doctor Giné y Partagás, uno de los médicos de más fama, decano que fué de la Facultad de Medicina de Barcelona y director del Manicomio de Nueva Belén.

Sin espacio para consagrar á estos dos grandes hombres la encomiástica oración fúnebre que por derecho les correspondía, sirva la sola publicación de sus retratos de testimonio de respetuoso homenaje que á su memoria tributamos.



EL DOCTOR GINÉ Y PARTAGÁS EN SU GABINETE DE ESTUDIO

22



AGENCIAS MATRIMONIALES



ANTES, solamente en el extranjero existían; pero hoy, hasta en las capitales de quinto orden asoma la oreja algún industrial casamentero con casa puesta.

Son como sucursales de la Funeraria ó de algún centro Médico-Benéfico y á veces funcionan en combinación por abono. Seis reales al mes, médico *gratis*. Tres pesetas, médico, mujer (para casarse, por supuesto) y papeles y *pasos*, también gratis.

Por una pesetilla más, entierro pagado para ambos.

En fin, el acabóse. Sociedades modernas con todos los adelantos. Algunas, á más de esto, proporcionan el ama de cría, el colegio y el *seguro* sobre la *vida* del abonado (entierro gratis).

Pero volvamos á las Agencias Matrimoniales.

Ya saben ustedes que tienen por objeto casar á dos personas distintas por medio de contrato de conveniencia á dúo, ya sea por medio de la fotografía ó por referencia del Centro.

Los agentes son, por lo general, caballeros bien trajeados, con acento francés, que lo mismo comerían con el amor puro y sacrosanto, que con un vigorizador del cabello.

Por una corta cantidad arreglan la boda más costosa y conveniente á las partes.

Por ejemplo:

Boda de dos jóvenes ideales (de diferente sexo) con intereses complementarios, aunque feos.

De una soltera vitalicia del 69, con un sietemesino agonizante.

De un viudo rico, ex empleado colonial, ocho hijos y la gota, con una joven procedente de saldos y quiebras ó viceversa.

A lo mejor leemos ó traducimos (aunque esto también es leer):

«Una señorita de nacionalidad inglesa, y de familia de lores (á veces de comunes), pretende contraer matrimonio, según dispone el santo Concilio de Trento, con un español descendiente de árabe y andaluz y en cualquier posición que se halle por violenta que sea. Dirigirse con el retrato á la Agencia Tal en London.»

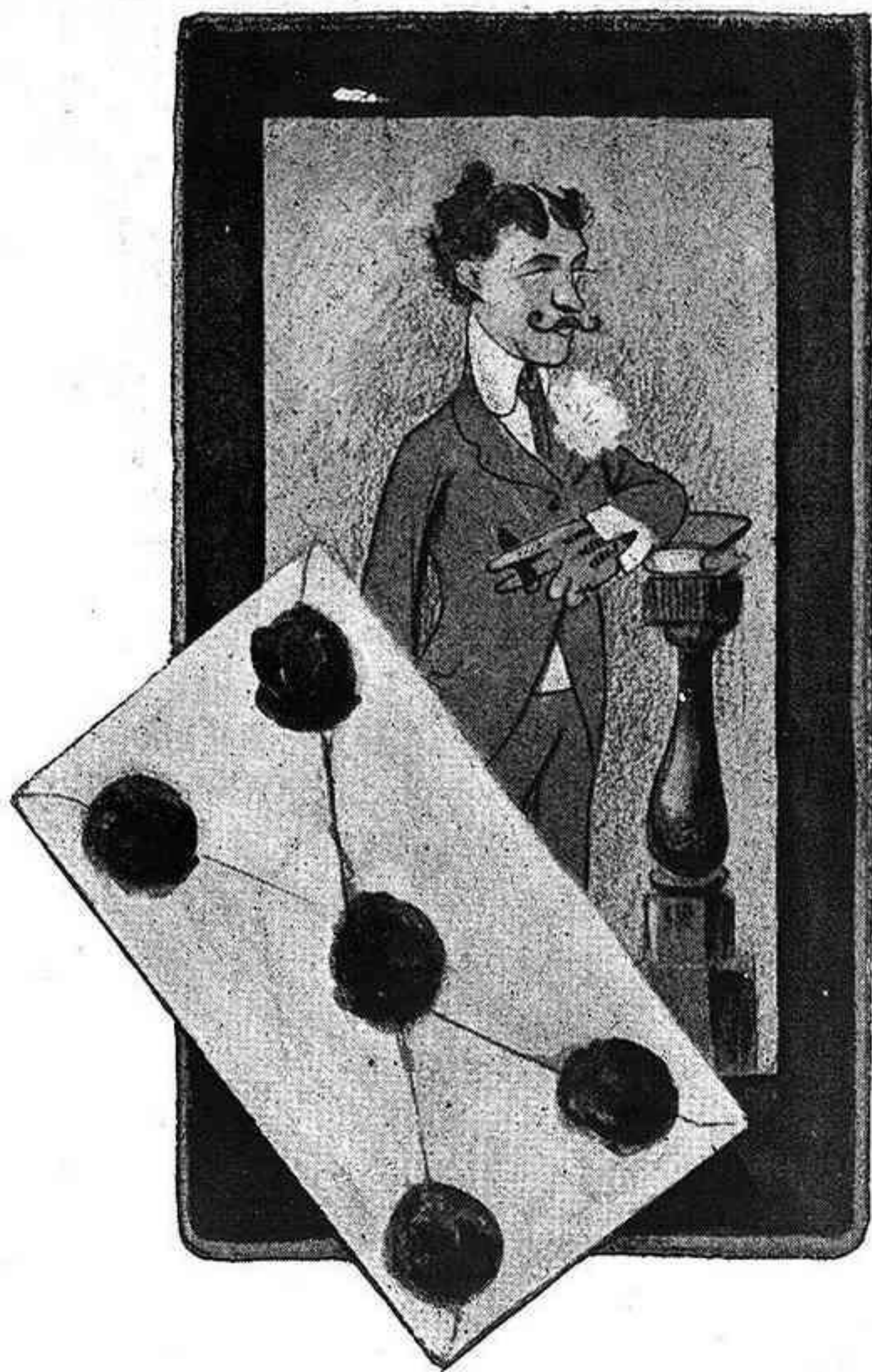
Estas ninfas con reclamo suelen ser muy caprichosas, pues unas exigen un lunar local, otras una verruga cilíndrica con pelo en la nuez, etc.

Los jóvenes en estado de merecer leen los periódicos, especialmente los ingleses, en busca de proporción.

Viriato, no el guerrero, sino el dependiente de drogas de la calle de Pelayo, leyó en *The Times* el siguiente anuncio:

«Miss, con dos mil libras de renta, soltera hasta ahora, con cédula, sin descendencia conocida, desea enlazarse con





nada tema. Ahora al hotel, hasta el regreso de su prometida.

Viriato pasó, efectivamente, una temporada en la fonda engordando mucho y tocando el violín, que era su debilidad.

Más tarde... se encontró casado de la noche á la mañana con una mujer que parecía un bacalao de Escocia.

Además, todas las mañanas le hacía



un hidalgo español que use barba negra y tenga mucho valor.»

Leerlo Viriato Fernández y enviar su retrato de *chaqué* color tórtola á la *miss*, todo fué uno. A los pocos días recibió contestación diciéndole que *sí* y enviándole siete duros y medio para ir á Liverpool, lugar de la catástrofe.

Llegó felizmente. En la estación le aguardaba un *mister* con cara de pastor anglicano.

Viriato vió que le llamaba con el paraguas, y se arrojó en sus brazos.

—¿Y mi prometida?— exclamó.

—Ha ido esta mañana á Glascoff á comprar ropa blanca con su padre.

—¿Luego usted no es mi suegro en ciernes?

—Yo soy un agente de la Sociedad; venga conmigo y



tocar la guitarra metido en un baño de esencias para que no perdiese el aroma de piel de España, y le hizo una funda de hule para la barba negra, que no le dejaba quitar más que para ir á las carreras de caballos, donde se aburría mucho.

Casi todas las noches le vestía de *bardo* y le hacía cantar «los dos lunares» detrás de un biombo.

Por fin, se cansó Viriato, y un día que se le introdujo mucha esencia en las narices, le encontró su media naranja con la cabeza metida en un baúl-mundo.

Se había divorciado como los equipajes. En gran velocidad.

JOSÉ BRISSA

(Ilustraciones de Tur.)

TOTUM REVOLUTUM

Ante todo, yo quiero
dedicar un recuerdo á Eusebio Blasco,
que fué un obrero y un maestro insigne
del arte literario.

¡Qué labor tan fecunda y tan hermosa
la que hizo en largos años!

Era un viejo maestro de las Letras
cuando era yo un muchacho
que admiraba sus obras,
de géneros muy varios,
dadas á mil periódicos
y á otros mil editores y al Teatro.

Versos, crónicas, cuentos,
sátiras finas, amorosos cantos
y preciosas comedias
como *El pañuelo blanco*,
y *La rosa amarilla*,
y el *Pobre porfiado*...

Todo eso, mucho más, mucho y muy bueno
escribió Eusebio Blasco;
quien, lo mismo en su verso que en su prosa,
fué fluido y ameno y espontáneo.
Era bien grato su donaire fino;
lo fácil de su rima era un encanto.

Cuando tantos pedestres pretenciosos,
que de ingenio están faltos,
sudan el quilo para hacer un chiste
y para *hacer* dos versos mal rimados;
cuando al escritorzuelo
que retuerce el vocablo
para dar como chiste algún insulto
se le llama genial é intencionado,
¿qué no hemos de decir en justo elogio
del arte, del buen arte literario,
de la labor cultísima
de aquel inolvidable Eusebio Blasco?
Repasemos sus obras,
que bueno es que aprendamos...

El alcalde de Madrid ha dado órdenes severas á los
directores de las empresas de los tranvías eléctricos.

Les obliga á que se retrase la marcha.

Es un retrógado.

Ya sé yo que en más de un caso,
algún viajero impaciente
sostendrá que es evidente
nuestro atraso.

Zacconi, el célebre artista italiano, actúa en el teatro
Novedades de Barcelona.

Muchas gentes le elogian con entusiasmo.

Y hablan del gran mérito de las obras que representa.
Hay que oír á algunos críticos.

—¡Cómo ha estado Zacconi! —Buena entre las mejores.
¡Vaya una escena! ¡Pero, muy buena!

—Oiga usted: ¿y él, qué frases dijo á la dama? Yo no sé el italiano,
y en usted fio...

Porque ahí, sin duda alguna, —Pues... estamos iguales,
comienza el drama. amigo mío.

¿Pero, vieron ustedes si movió polvoreda la circular de
Maura referente á las elecciones?

Salmerón por poco pidió, además de la multa al Minis-
tro, un jamón legítimo de Avilés.

Y, entretanto, Maura diría: — Bueno, ¡magras!

Por Abril llegan las elecciones
de diputados
y ya la prensa trae largas listas
de candidatos.

Conservadores, mauristas, neos,
republicanos,
los de don Segis, de Canalejas
y de don Carlos,

los gobernantes, los caciquillos,
sus adversarios,
todos procuran salir triunfantes
al fin y al cabo.

Me importa un pito que el triunfo logren
negros ó blancos.

Los electores, de todos modos,
están *botando*!

¡Oh, los celos mal reprimidos!

Desde el Cairo nos dijeron que una princesa, esposa de
Dejenil Tousson, *por mor* de los celos de su marido, deci-
dió envenenarse.

¿Y se envenenó? Hombre, no.

No quiso aumentar la pena
que en su Dejenil notó.

Pero, eso sí; ¡se fugó
con un amigo, hacia Viena!

Comenzada la Cuaresma, cenando, unos cuantos duros
no queda del Carnaval que ¡oh, Dios! nunca volverán.

sino un recuerdo muy débil, Pensamos que estos son días
que es casi un olvido ya. de huir de todo solaz,

Y no pensamos en bailes, de recoger nuestro espíritu,
ni en el voluptuoso vals, de hacer obras de piedad...

ni en las máscaras graciosas Ahora bien: pasa este tiempo
que nos hicieron gustar, y, luego, vuelta á empezar!

Julio Martner Peña

—Ahora es tiempo, amigo Sancho, de que el poderoso Archipámpano os conozca y vea vuestro buen entendimiento; y así no perdáis la ocasión que tenéis; antes decidle, con mucha y buena retórica, se sirva de mandaros dar á vos también licencia para hacer la batalla con aquel escudero negro que sabéis, pues vencéndole, es cierto os dará el orden de caballería, quedando tan caballero y famoso para toda vuestra vida, como lo es don Quijote.

Apenas hubo oído Sancho tal consejo, cuando se puso en medio de la sala, delante de su amo, de rodillas, teniendo la caperuza en las manos, y diciéndole en voz alta:

—Mi señor don Quijote de la Mancha: si alguna merced le he hecho en este mundo, le suplico, por los buenos servicios de Rocinante, que es la persona que más puede con vuesa merced, me dé, en pago della y dellos, licencia para hablar á este señor Arcadepámpanos media docena de palabras de grandísima importancia, pues visto por él mi ingenio, sin duda vendrá, andando días y viniendo días, á darme el orden de caballería con los haces y enveses que vuesa merced le tiene.

Don Quijote le dijo:

—Sancho, yo te la doy; pero con condición que no hagas, ni digas necesidad alguna de las que sueles.

—Para eso—dijo Sancho—buen remedio; póngase vuesa merced tras mí, y en viendo que se me suelta alguna, que no podrá ser menos, tireme de la halda del sayo, y verá cómo me desdigo de cuánto hubiere dicho.

Llegóse inmediatamente don Quijote al caballero que tenía por Archipámpano, y dijole:

—Para que vuesa alteza, señor mío, vea que como verdadero andante traigo conmigo escudero de calidad, y fidelísimo para llevar y traer recados á las princesas y caballeros con quien se me ofrece comunicar, suplicole oiga éste que aquí le presento, llamado Sancho Panza, natural de Argamesilla de la Mancha, hombre de bonísimas partes y respetos; porque tiene que hablar con vuesa alteza un negocio de importancia, si para ello se le diere licencia.

El Archipámpano le respondió que se la daba muy cumplida, pues había echado de ver en su talle, traje y fisonomía, que no podía ser menos discreto que su amo. Púsose Sancho luego en medio, y volviendo la cabeza, dijo á don Quijote:

—Déme vuesa merced esa lanza, para que me ponga como vuesa merced estaba cuando hablaba al Arcapámpanos.

Don Quijote le respondió:

—¿Para qué diablos la quieres? ¿No ves que no estás armado como yo? ¡Ya comienzas á hacer necesidades!

—Pues vaya vuesa merced contando—replicó Sancho,—que ya tengo una.

Y poniendo las manos en arco, sin quitarse la caperuza, con no poca risa de los que le miraban, estuvo un buen rato sin hablar, hasta que viéndolos callar, comenzó á decir, procurando empezar como su amo don Quijote, á cuyas razones había estado no poco atento:

—¡Magnánimo, poderoso y siempre agosto harto de pámpanos!...

Don Quijote le tiró del sayo, diciendo:

—Di agosto Archipámpano, y habla con tiento.

Y él, volviendo la cabeza, dijo:

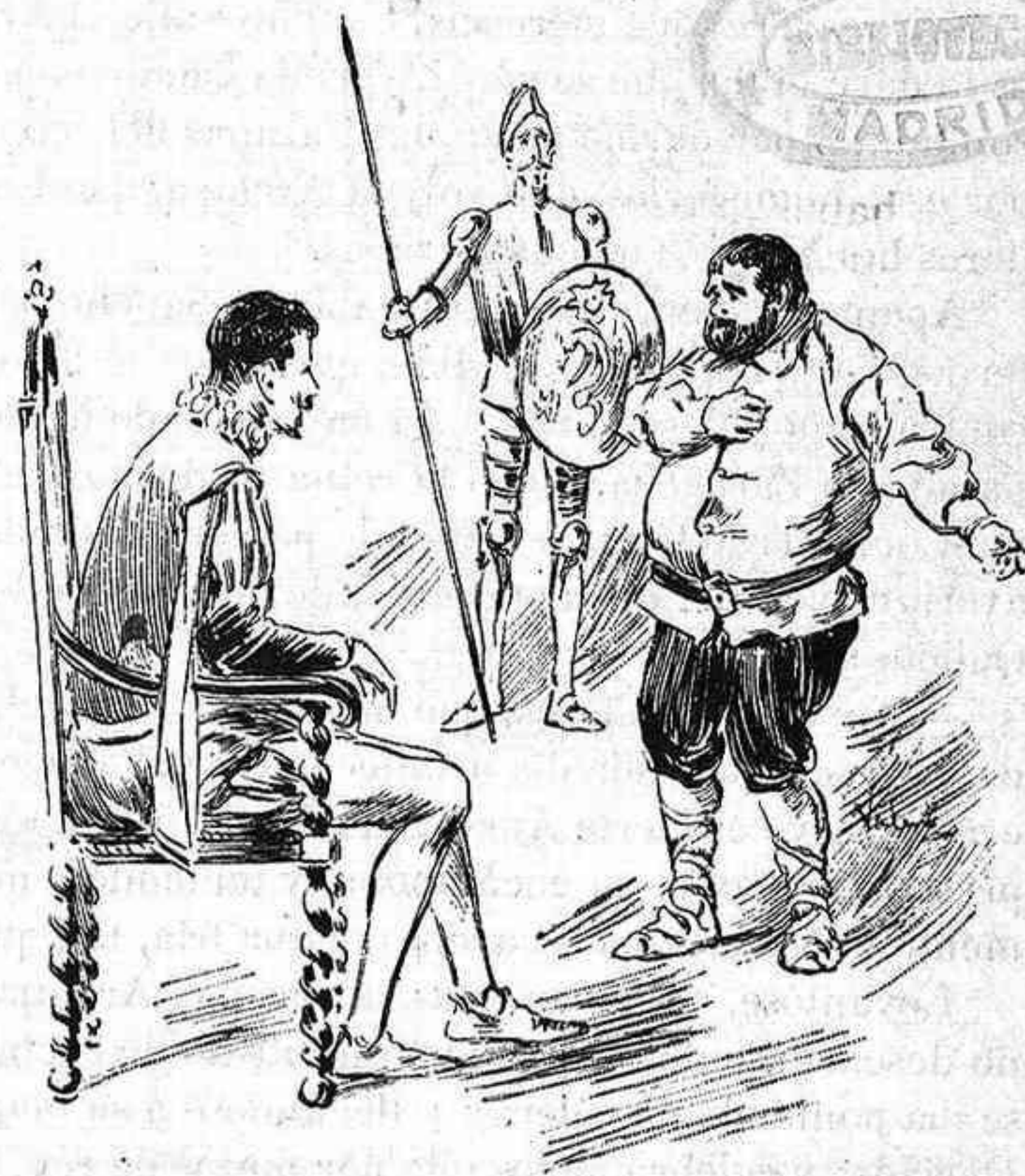
—¿Qué más tiene agosto, que agosto, y esotro de pámpanos? ¿Todo no se va allá?

Y prosiguió diciendo:

—Habrà vuesa merced de saber, señor descendiente del emperador Eliogallos y Sarganápalos, que yo me llamo Sancho Panza el escudero, marido de Mari-Gutiérrez por delante y por detrás, si nunca le oistes decir, el cual por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica soy cristiano, y no pagano como el príncipe Periano y aquel bellaco de escudero negro, y há días que ando en mi rucio con mi señor, por la mayor parte de este nuestro...

Y volviendo la cabeza á su amo, le dijo:

—¿Cómo diablos se llama aquél?



—¡Oh maldito seas!—replicó don Quijote—hemisferio, simple.

—¿Pues qué quiere agora?—replicó Sancho;—haga cuenta que tengo dos necesidades á un lado; ¿piensa que el hombre ha de tener tanta memoria como el misal? Dígame cómo se llama, y tenga paciencia; que ya se me ha tornado á desgarrar del caletre.

—Ya te he dicho—respondió don Quijote—que se llama hemisferio.

—Digo, pues—prosiguió Sancho—que tornando á mi cuento, señor rey de Hemisferio, yo no he hasta agora muerto, ni despilfarrado aquellos gigantones que mi amo dice; antes huyo dellos como de la maldición, porque el que vi en Zaragoza en casa del señor don Carlos, era tal, que ¡mal año para la torre de Babilonia que se le igualase! Y así no quiero nada con él; allá se las haya con mi señor; con quien quiero probar mis uñas, es con el escudero negro que trae, que negra pascua le dé Dios; que, en fin, es mi mortal enemigo, y no tengo de parar hasta que me lave las manos en su negra sangre en esta sala, en presencia de todas vuestas mercedes; que haciéndolo, confío que vuesa altura me hará caballero; si bien es verdad que puesto en mi rucio, tanto me lo soy como cualquiera; sólo advierto que en la pelea no me han de faltar del lado mi amo, el señor don Carlos y don Alvaro, por lo que pudiere ofrecerse; tras que no liemos de reñir con palos, ni espadas, pues con ellas nos podríamos hacer algún daño sin querer, teniendo que curar después; sino que ha de ser á finos mojicones ó cachetes, y el que se pudiere aprovechar de alguna coz ó bocado, san Pedro se lo bendiga; bien es verdad que aun en esto tendrá no poca ventaja el bellaco del negro, porque há más de dos años y medio que no he andado á mojicones con nadie, y esto, si no lo usan, se olvida fácilmente, como el *Ave Maria*; pero el remedio está en la mano del señor don Alvaro. ¿A quién digo? Lléguese acá, pesia á mi sayo.

—Diga, señor Sancho—respondió don Alvaro—que bien leoigo, y haré todo lo que fuere de su gusto.

—Pues lo que ha de hacer—prosiguió Sancho—es echármele unos antojos de caballo, cuando salga á la pelea; porque no viéndome con ellos, errará los golpes, y llegando yo pasito, ya por este lado, ya por esotro, le daré mil porrazos, hasta que le haga ir á presentarse de rodillas delante de Mari-Gutiérrez mi mujer, pidiéndole me ruegue le perdone. He aquí, señor rey agosto, ya vencida la batalla y rendido el escudero negro; y así no hay sino armarme caballero; que no sufro burlas, y á perro viejo no hay cuz cuz.

—Por cierto que merecéis, Sancho—dijo el Archipámpano—el orden que pedis de caballería; yo os le daré el día que se concluyere la batalla con el rey de Chipre, haciéndoos otras mercedes; pero contadme, por darme gusto, las hazañas del señor don Quijote y las aventuras con que se ha topado por esos hemisferios; que yo y la Archipampanesa mi mujer, mi hija la infanta, y todos estos caballeros holgaremos mucho de oiros.

Apenas le dieron pié para hablar á Sancho, cuando tomó tan de veras la mano á su amo en referir cuánto les había sucedido, que jamás le dejó hacer baza, por más que con cólera le porfiaba, contradecía y desmentía; y así fué contando lo de Ateca, de ida y de vuelta, y cuánto les había pasado en Zaragoza, y con la reina Segovia en el bosque, Sigüenza, venta, Alcalá, y hasta la misma Corte. Tratóle mal su amo de palabras cuando acabó de decir, y pasaron lindos cuentos sobre la averiguación del de el ataharre, de que rieron de suerte los circunstantes, que se vió obligado don Quijote á decirles:

—Por cierto, señores, que me maravillo mucho de que gente tan grave se ría tan ligeramente de las cosas que cada día acontecen ó pueden acontecer á caballeros andantes; pues tan honrado era como yo el fuerte Amadis de Gaula, y con todo me acuerdo haber leído que, habiéndolo estado preso por engaño un encantador, y teniéndole metido en una oscura mazmorra, le echó invisiblemente una melecina de arena y agua fría, tal, que por poco muriera della.

Levantóse, acabadas estas razones, el Archipámpano de su asiento, temeroso de que tras ellas no descargase don Quijote algún diluvio de cuchilladas sobre todos (que se podía temer dél, según se iba poniendo en cólera); y llegándose á su mujer, le preguntó qué le parecía del valor de su amo y criado; y celebrándolos ella por piezas de rey, le dijo don Carlos:

—Pues lo mejor falta por ver á vuesa alteza, que es la reina Cenobia; y si no, dígalo Sancho.

El cual replicó, mirando á las damas circunstantes:

—Pardiez, señoras, que pueden vuestas mercedes ser las que mandaren; pero en Dios y en mi conciencia le juro que las excede á todas en mil cosas la reina Segovia; porque, primeramente, tiene los cabellos blancos como un copo de nieve, y sus mercedes los tienen tan prietos como el escudero negro mi contrario; pues en la cara, ¡no se las deja atrás! Juro ¡non de Dios! que la tiene más grande que una rodela, más llena de arrugas que gregüescos de soldado, y más colorada que sangre de vaca; salvo que tiene medio jeme mayor la boca que vuestas mercedes, y más desembarazada, pues no tiene dentro de ella tantos huesos, ni tropiezos para lo que pusiere en sus escondrijos;

y puede ser conocida dentro de Babilonia, por la línea equinoccial que tiene en ella; las manos tiene anchas, cortas y llenas de berrugas; los pechos largos, como calabazas tiernas de verano. Pero ¿para qué me canso en pintar su hermosura, pues basta decir della, que tiene más en un pie, que todas vuestas mercedes juntas en cuántos tienen? Y parece, en fin, á mi señor don Quijote pintipintada, y aun dice della él, que es más hermosa que la estrella de Venus al tiempo que el sol se pone; si bien á mi no me parece tanto; como media noche era por hilo, los gallos querían cantar.

Celebraron mucho todos el dibujo que Sancho había hecho de la reina Cenobia, y rogaron á don Carlos la trajese allí el día siguiente á la misma hora; y prometiéndole él, y llamando al titular su cuñado, que estaba apartado á un lado apaciguando á don Quijote, les suplicaron á ambos les dejasen aquella noche en casa á Sancho. Condescendieron con los ruegos del Archipámpano, y en particular don Quijote, á quien el titular, don Alvaro y don Carlos dijeron no podía contradecir; tras lo cual, despidiéndose todos de sus altezas, se volvieron á su casa con el acompañamiento que habían venido, y con no poco consuelo de don Quijote, por ver empezaban ya á conocerle y temerle los de la Corte.



CAPÍTULO XXXIII

En que se continúan las hazañas de nuestro don Quijote, y la batalla que su animoso Sancho tuvo con el escudero negro del rey de Chipre, y juntamente la visita que Bárbara hizo al Archipámpano.

QUEDARON con Sancho contentísimos aquella noche el Archipámpano y su mujer, porque dijo donosas simplicidades; y no fué la menor decir, cuando vió subir la cena, y que le mandaban asentar en una mesilla pequeña, junto á la de los señores, en la cual estaba una niña muy hermosa, hija dellos:

—Pues, ¡cuerpo non de Dios! ¿por qué han de sentar á esa rapaza, tamaña como el puño, en esa mesa tan grande, y la ponen delante esos platos, mayores que la artesa de Mari-Gutiérrez, dejándome á mí en esta mesilla menor que un harnero, siendo yo tamaño como tarasca de Toledo, y

teniendo tantas barbas como Adán y Eva? Pues si lo hacen por la paga, tan buenos son los dos reales y medio que tengo en la faltriquera para pagar lo que cenare como cuántos tenga el rey y los que dieron por Jesucristo los judíos á Judas; y si no, mirenlos.

Y diciendo esto, se levantó y sacó hasta tres reales de cuartos sucios y untados, y echólos sobre la servilleta de la señora, pero apenas lo hubo hecho, cuando viendo que ella los iba á dar con la mano, pensando él que los quería tomar, los volvió á coger con furia diciendo:



—Por Dios, no les dará golpe su merced, que no haya yo muy bien cenado; á fe que le habian ya hinchido el ojo, como á la otra gordona moza gallega de la venta, á quien mi señor llamaba princesa; y si no fuera porque no traía ella tan buenos vestidos como vuesa merced, ni esa rueda de molino que trae al gaznate, jurara á Dios y á esta cruz que era vuesa merced ella propia.

Solemnizaron mucho la letanía de simplicidades que habia ensartado; y diciéndole el maestresala:

—Callad, Sancho, que para que cenéis más á vuestro placer os hemos puesto esa mesa aparte.

—Cuánto mayor fuere la que me tocare desos avechuchos—replicó Sancho,—más á mi placer cenaré.

—Pues empezad por este plato dellos—le dijo luego, dándole un buen plato de palominos con sopa dorada.

Comió ese y los demás que le dieron, tan sin escrúpulo de conciencia, que era bendición de Dios y entretenimiento de

los circunstantes; y viendo acababa la cena, y que la señora aflojaba la gorguera ó arandela, le dijo:

—¿No me dirá, por vida de quien la malparió, á qué fin trae esas carlancas al cuello, que no parecen sino las que traen los mastines de los pastores de mi tierra? Pero tal deben de molestarla todos estos podencos de casa, para que no sea menester eso y más para defenderse dellos.

Dicho esto sacó otra vez el dinero, diciendo:

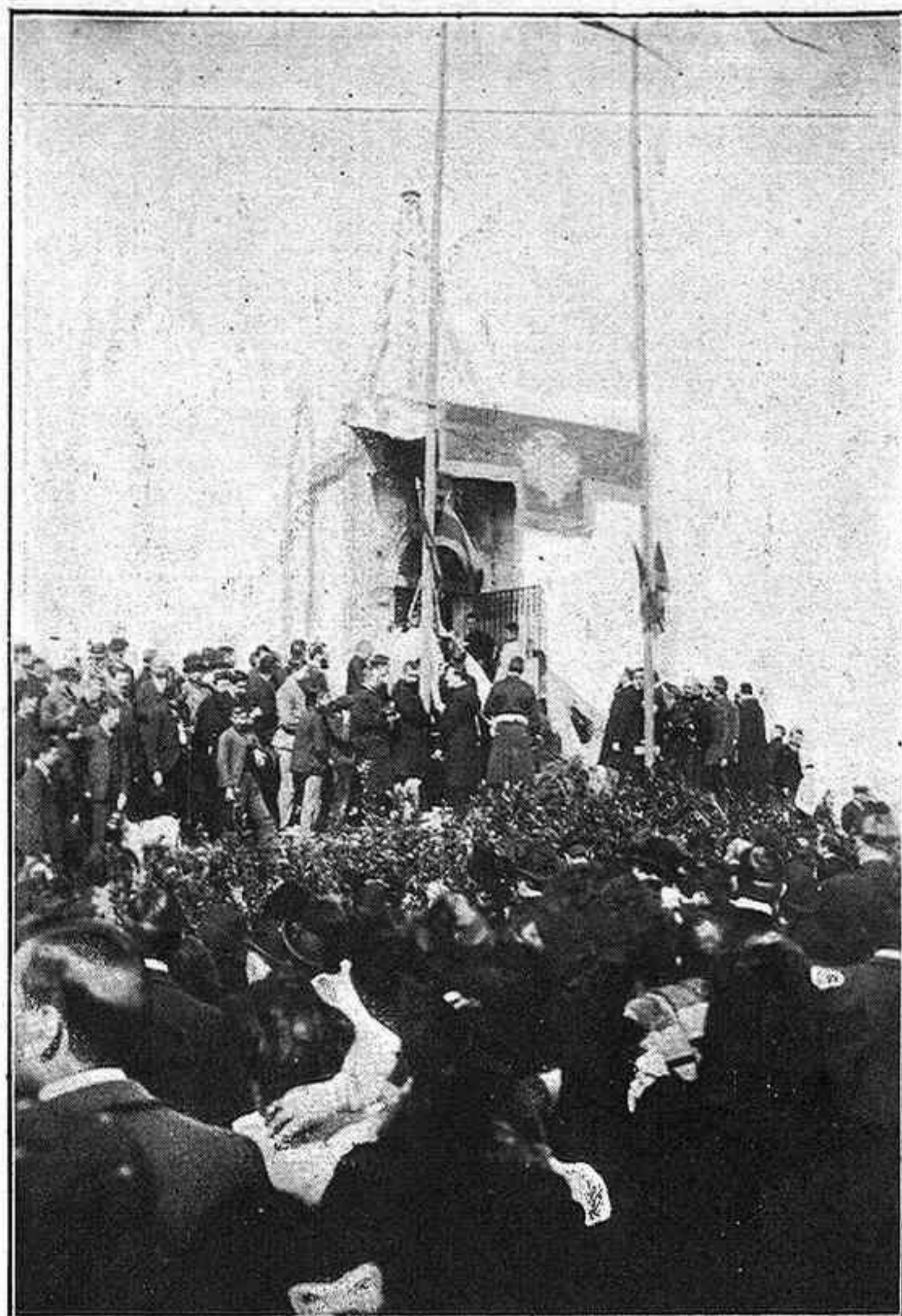
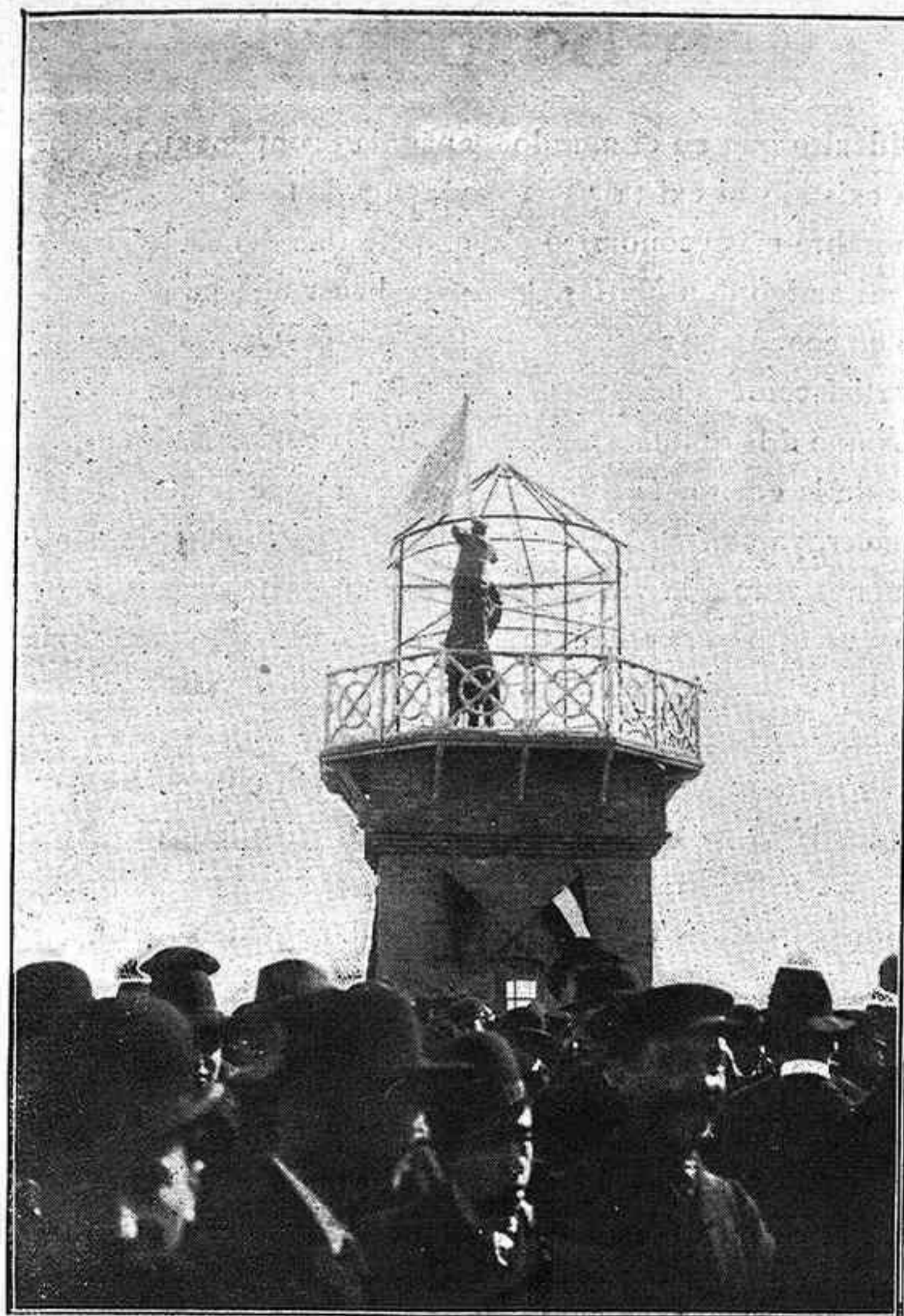
—Tómese vuesa merced ahora, y páguese lo que fuere la cena; que no quiero irme á acostar sin rematar cuentas; que así lo hacíamos siempre por el camino mi señor don Quijote y yo; que esto, me decía el cura, mandan los mandamientos de la Iglesia, cuando mandan pagar diezmos y primicias.

Tomólos el señor diciendo:

—Yo me doy por satisfecho con lo que hay aquí, de lo que debéis de cena y cama, y aun mañana os daré también de comer á medio día por ello, sin más paga.

—Yo le beso las manos por la merced—respondió Sancho—que para esas cosas con hilo de alambre me harán estar más quedo que una veleta de tejado; y mire que le tomo la palabra; que aunque sé que hago harta falta á mi señor, yo me disculparé con él, diciendo que no acerté la casa; cuánto y más que cuando el hombre lleve media docena de palos por una buena comida, no es tanta la costa que no le salga demasiado de barato, y otras veces nos los han dado, á mí y á él, de balde y sin comida alguna.

Dieron orden en que le llevasen á acostar, haciendo lo mismo ellos, como también lo hicieron, después de bien cenados en su casa, el titular, don Carlos, don Alvaro, don Quijote y Bárbara; si bien sobremesa tuvieron su pedazo de pendencia, porque diciéndole á ella el titular se aprestase para ir á visitar el día siguiente al Archipámpano y Archipampanesa, que la aguardaban, respondió ella excusándose, no la mandasen salir en público delante de personas, que era correrla demasiado y darla mucha prisa; que bien se conocía y sabía era, como les había dicho, una triste mondonguera, Bárbara en nombre y en cosas de policía; y que les suplicaba se diesen por satisfechos de la paciencia con que hasta allí habia pasado con las pesadas burlas y figas que el señor don Quijote hacía, y quería hiciesen todos della. No hubo oído esto él, cuando le dijo:



El domingo pasado los aficionados al sport colomófilo disfrutaron en la montaña del Tibidabo de un gran festival con motivo de la inauguración del palomar que publicamos adjunto. Hubo misa solemne, bendición del palomar, concurso fotográfico y suelta de 2.000 palomas, constituyendo todo ello un verdadero acontecimiento revelador del incremento extraordinario que la colombofilia ha logrado entre nosotros.—(Fot. de Ramos y Cobos.)

Lo "Chic"

1.—Vestido de paño heliotropo. Falda en forma con ligera cola, adornada en su parte superior con una ancha pasamanería negra. Igual guarnición en la levita. Manga con vuelta y bullón de muselina de seda blanca.



2.—Traje de baile de crespón de China color paja enteramente, "plissé". Descote en punta sobre encaje negro. Gran echarpe hasta el borde de la falda, al lado izquierdo.



3.—Abrigo de paño color manteca. Cansú recubierto de chantilly. Gran pliegue wateau en la espalda sujeto por un broche fantasía.



4.—Abrigo de paño verde botella. Cuello de dos efectos con cordadura negra. Manga pagoda extremadamente larga en punta.

Una hormiguita



Difículto que en el mundo
haya existido ni exista
un hombre más económico
que mi amigo don Matías.
Sólo en economizar
sus satisfacciones cifra;
así es que á la quinta esencia
llega de la economía.
Al nacer, ya con un pie
de menos vino á la vida,
y aunque esto generalmente
constituye una desdicha,
él se encuentra muy contento
con su mutilación física,
porque al tener sólo un pie,
una bota economiza.
Siempre que va por la calle
baja hacia el suelo la vista,
y se trae algo á su casa,
lo mismo que las hormigas,
pues botón con que tropieza
ó papelucho que atisba
no tarda en ir al bolsillo
del amigo don Matías.
Si fuma, fuma de gorra,
y si enciende una cerilla,

apágala prontamente,
y apagada no la tira,
que con las demás le sirve
para hacer una bujía.
Para no gastar, no gasta
ni bigote ni patillas,
y por no gastar faldones,
jamás se pone levita,
y ni aun gasta cumplimientos
y ni aun gasta cortesías.
Si está enfermo, jamás toma
purgantes ni lavativas,
evitándose así el gasto
de la acción consecutiva.
Ni una vez se ha dado el caso
de dar él una propina,
ni de dar satisfacciones,
ni de dar los buenos días.
Y si es que no ha suprimido
el verbo *dar* don Matías,
sólo es porque, francamente,
aun lo usa y lo necesita
para dar... dinero á réditos
con sólida garantía,
sobre sueldos del Estado
ó hipotecas sobre fincas.

RICARDO MONASTERIO



ESTUDIO FISONÓMICO, por el pierrot RAUL DE LIS



Tentación

Miel en los labios,
fuego en los ojos,
oro en los bucles
finos y undosos
te concedieron
los hados pródigos,
y así á los hombres
causas asombro.
Como remate
de un cuerpo hermoso,
de nieve y rosas
tienes el rostro.
Pareces niña,
nacida sólo
para brindarnos
placeres hondos,
y alzas al paso
deseos locos
y ansias profundas
surgen en torno...
¿Por qué nos tratas
con tal enojo
y huyes arisca
de los piropos?
¿Es que no guardas
allá en el fondo

de amante fuego
suave rescoldo?
¿Qué es lo que finges
dándote tono?
¿Pudor acaso?
Pues de ese modo
faltas al cielo
que, bondadoso,
quiso ponerte
fuego en los ojos,
miel en los labios,
nieve en el rostro...
¿Tú no comprendes
que indica todo
que tu destino
debe ser otro?
Cuando los hombres
caigan de hinojos,
muestra tus gracias
poquito á poco;
no te reserves
esos tesoros
que amor reclama
por fuero propio.
¡Y siempre fueron
rejas y votos
gazmoñerías...
y armas al hombro!
SINESIO DELGADO

EL MUNDO AL DÍA

DOMINGO, 22.—Vive en Breslau un ciudadano conocido en toda la Polonia alemana por *El hombre que llega tarde*. Con motivo de la última aventura que le ha proporcionado su mala suerte, los periódicos alemanes recuerdan algunas de las infinitas peripecias de su existencia. La única vez que «no llegó tarde» fué en el instante solemne de su nacimiento. Se asomó al mundo con toda felicidad, bebiendo de un modo satisfactorio para sus padres. El autor de sus días, noble chapado á la antigua, exclamó al ver su cuerpecito rojo como una zanahoria: — ¡He aquí mi primogénito! — El buen señor se equivocaba. La madre del nene no había llegado al cabo de sus trabajos y quince minutos después nacía otro chicuelo que arrebató á su hermano el derecho de primogenitura. Quizá la primera lección fué un escarmiento tremendo. Lo cierto es que desde niño se distinguió por su invencible pereza, por su propensión á llegar tarde siempre y á todas las citas. No acudió jamás puntualmente al colegio. En el Instituto y en la Universidad le obsequiaron con una colección completa de cucurbitáceas; no pudo tener una novia durante ocho días á causa de faltar de un modo lastimoso á todas las citas. Cuando tuvo que ir á servir al rey de Prusia— que aun no era Emperador Alemán—se le impuso un mes de calabozo y un año más de servicio por no acudir en ocasión oportuna. Cuando la guerra franco-prusiana, á pesar de su valentía, cayó prisionero porque no se retiró á tiempo en Orleans. Debía casarse con una rica heredera y no se celebró la boda porque se presentó diez horas después de la señalada para la ceremonia. Ingeniero de los más inteligentes, no obtuvo una plaza muy bien dotada por no acudir á las oposiciones, y por demorar el cobro de una letra de cambio perdió más de 150.000 marcos, la mitad ó poco menos de su fortuna, y así por el estilo. Su postrera hazaña ha sido homérica. Era alcalde de Breslau. El Kaiser debía llegar á las diez y el ayuntamiento en pleno reunirse á las nueve. A dicha hora sólo faltaba el Alcalde. A las diez no había comparecido. Preciso fué prescindir de él. Cuando á las tres visitaba el Emperador las fortificaciones, se le presentó el Alcalde. Aquél, que ya sabía las rarezas de su súbdito, le preguntó:

—¿Cómo tan tarde, Potiuski?

—Señor,— contestó el interpelado,— sepa S. M. I. que me llaman mis convecinos *El hombre que llega tarde*.

LUNES, 23.—El año 1903 será fecundo en exposiciones. Del 2 de Marzo al 2 de Junio se abrirá una en el *Criptyal Palace* de Londres, de ingeniería y grandes construcciones metálicas. En Reims habrá otra industrial, comercial y artística, de Mayo á Septiembre. En Hamburgo una de calzado de toda especie y de las máquinas que lo producen, de Julio á Septiembre. En Viena, durante todo el mes de Abril, estará abierta una internacional de agricultura é industrias derivadas, particularmente de miel y cera. En Atenas, una universal; en Buenos Aires, una agrícola; en Budapest, una de tejidos é hilados, regional, y en Yokohama, una de todas las industrias papeleras.

MARTES, 24.—Hay un periodista francés, Jacques Dhur, que se dedica á un sport humanitario en alto grado. Así como por medio de misas se sacan ánimas del purgatorio, el buen periodista saca, merced á unos cuantos

artículos, cuerpos de los presidios. En este día ha descubierto un nuevo inocente, Juan Chalès, que se ha pasado la friolera de 29 años en una penitenciaría. Acusado de un asesinato que no cometiera, fué puesto en libertad, encarcelado otra vez, juzgado y condenado á muerte. Negó siempre y se le indultó de la pena capital; pero se le llevó al presidio. Si lo que presume Dhur es verdad, si un hombre ha padecido durante un tercio de siglo tormentos morales y físicos espantosos por culpa de la estupidez de jueces y fiscales y magistrados, si de tal manera se multiplican los errores judiciales, hay que consignar en los Códigos penas severas contra esos jueces ineptos ó malvados. Poco se respetaba en Francia á la judicatura; de aquí en adelante se la aborrecerá y con fundado motivo. «No juzgues si no quieres ser juzgado», dice el Evangelio.

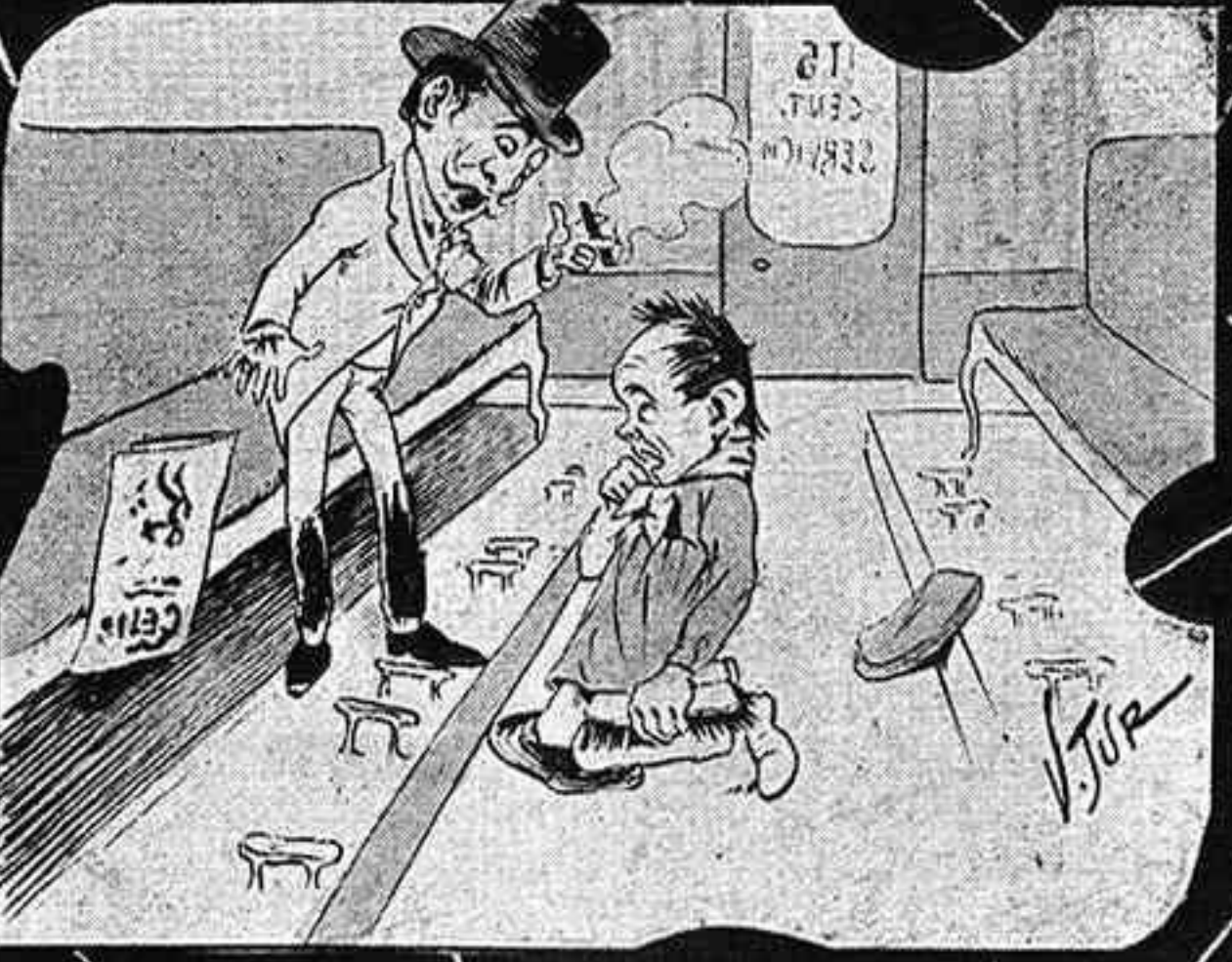
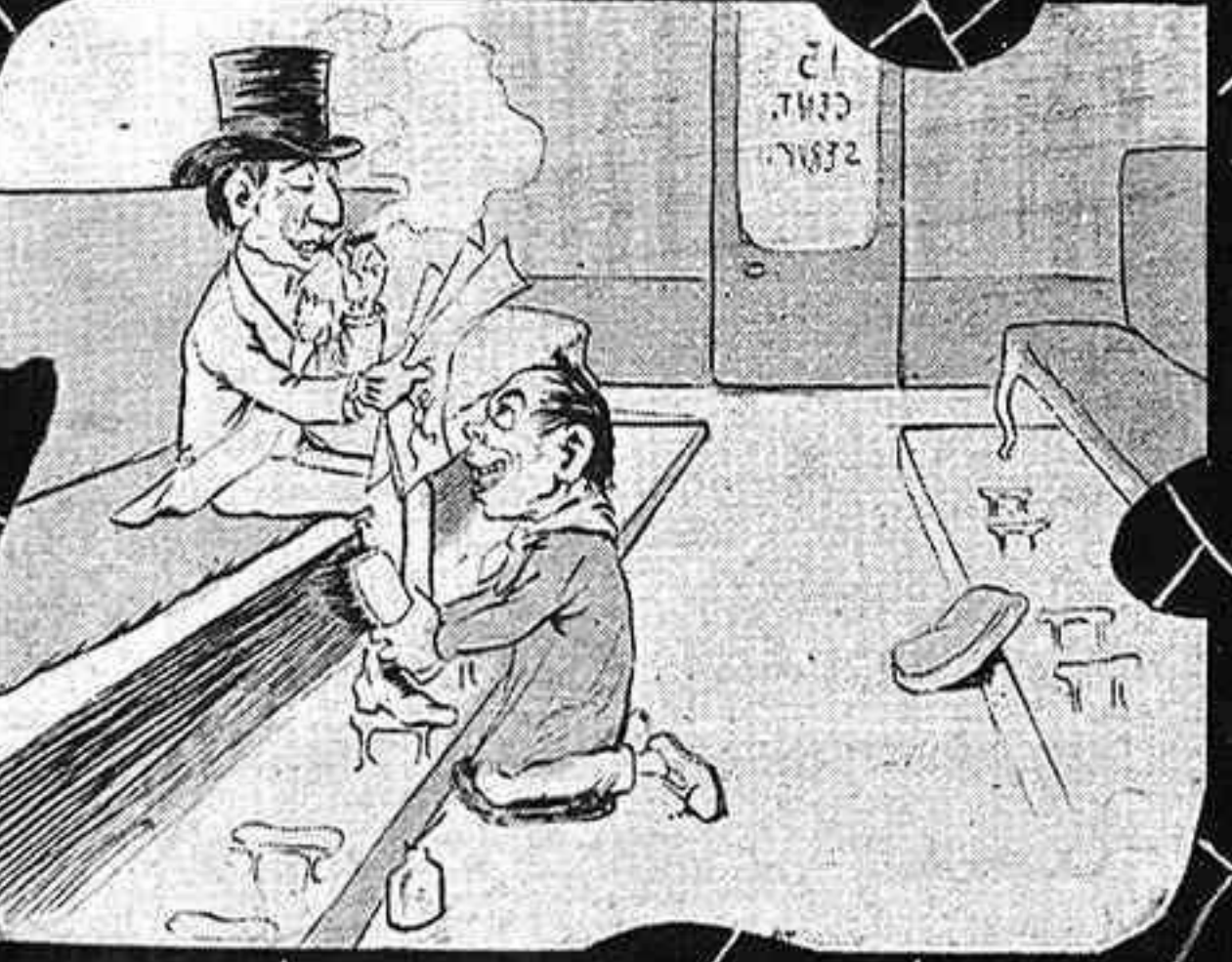
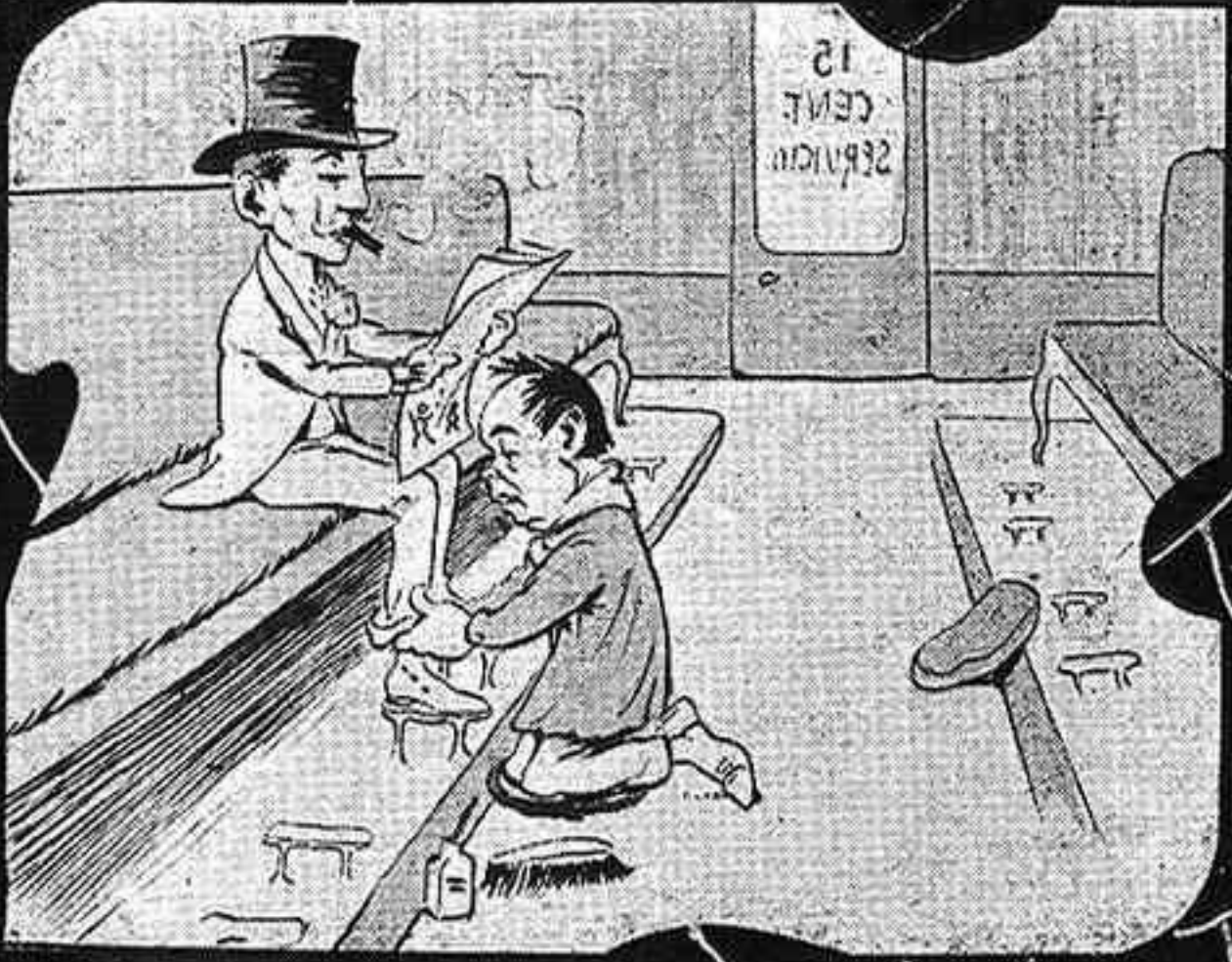
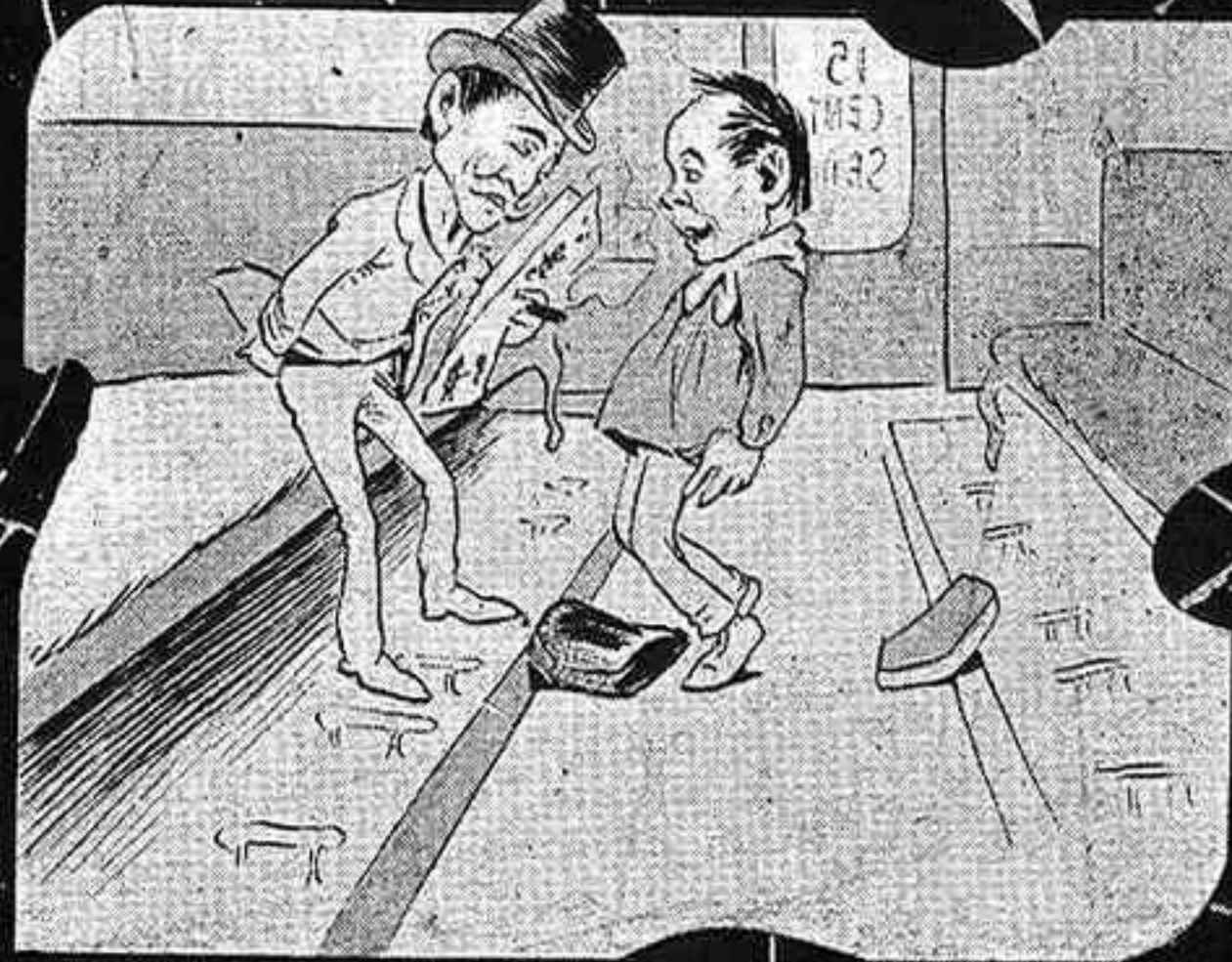
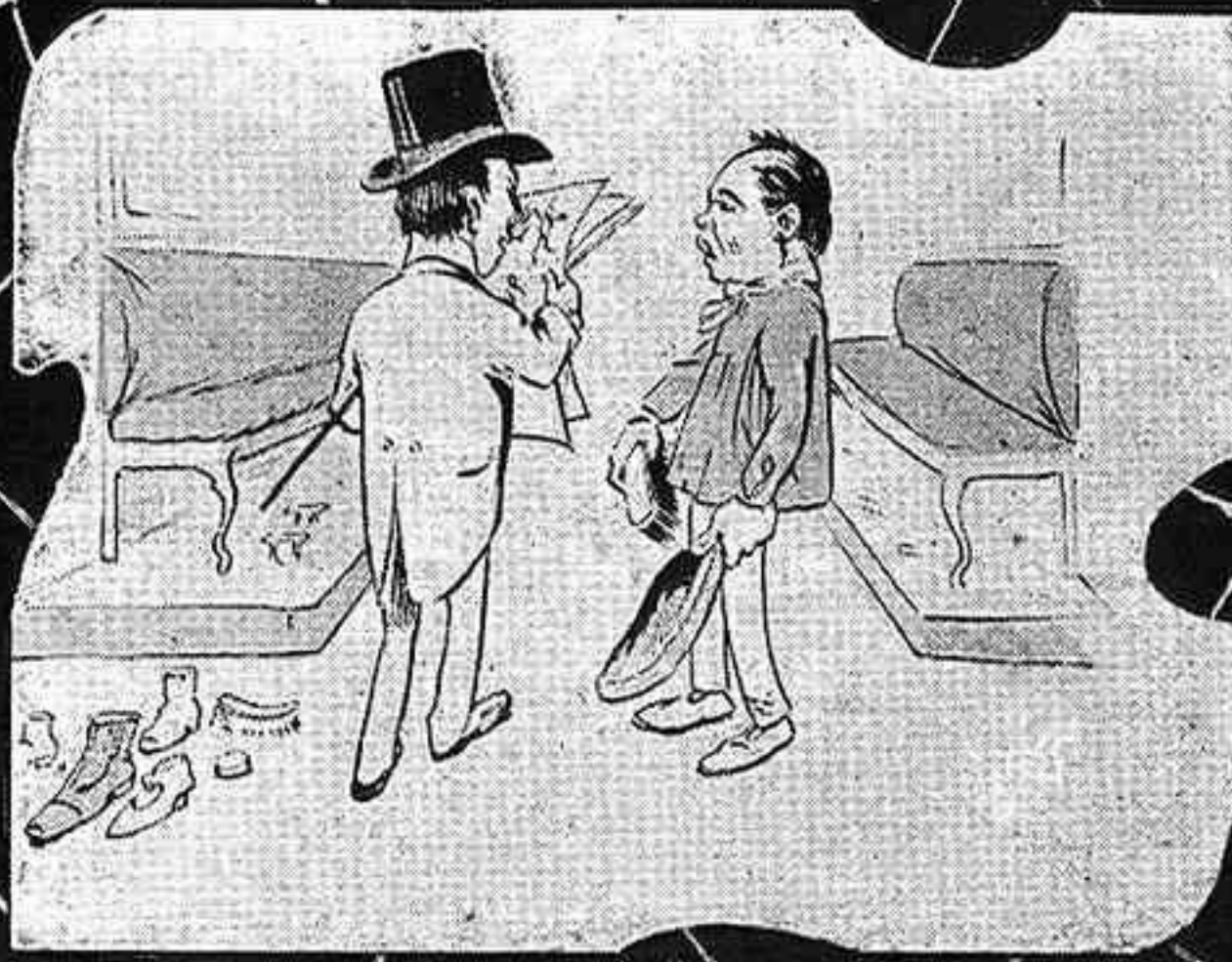
MIÉRCOLES, 25.—La gendarmería rusa se distingue por su brutalidad á toda prueba. El miércoles iba por uno de los paseos de Moscou un joven que tropezó inadvertidamente con un gendarme que le reprendió y amenazó con aspereza. Replicó el joven, y medio minuto después caía con la cabeza abierta de un sablazo. El público tomó parte en la querrela y lynchó en un instante al irascible guardia.

JUEVES, 26.—Continúan en Roma las fiestas del Jubileo. León XIII bendice á nueve mil peregrinos de diversas naciones y uno de sus secretarios lee una plática en que el viejo Pontífice invita á la concordia general, al olvido de las ofensas, á la caridad. Hablando de sí mismo y de los sacerdotes en general, dice: «No hay que olvidar que vivimos del dinero de los pobres. Estos han de ser objeto de todos nuestros cuidados.» Al terminar la ceremonia, el Papa recibió 147.000 francos para el dinero de San Pedro, un báculo de oro macizo con una esmeralda de gran tamaño en el puño, unas llaves de oro adornadas con piedras preciosas y un libro de rezos de hojas de marfil y letras de oro, una verdadera maravilla salida de los más famosos talleres de Leipzig. Se calcula que el valor del breviario excede de 40.000 marcos. Se hacen grandes preparativos para el 25.º aniversario de la coronación, que cumplirá el 3 de Marzo.

VIERNES, 27.—Ante el tribunal de New-York se celebra la vista de una causa célebre. Se trata de la captación de una herencia estimada en unos 200 millones de dollars. James Stewart, de origen irlandés, llegó á New-York hace unos setenta años. Murió en la misma ciudad después de haber comprado extensiones desmedidas de terreno y de haber construído unos almacenes monstruos, verdaderos docks capaces de surtir una nación. La fortuna que dejó á su esposa, mujer de cortos alcances, pero que fué siempre una admirable compañera para Stewart, era regia. No faltó quien la codiciara, y Frank Hinter, á cambio de un millón en metálico, se hizo hacer una donación entre vivos. Esto ocurría en 1877. Advertidos los parientes de Stewart, residentes en Irlanda, han entablado demanda contra Hinter y es propable que ganen el pleito. Aun cuando son 52 los demandantes, les tocará, de ganar, buena tajada á cada uno, cerca de cuatro millones de dollars.

A. RIFERA

UNA BROMA SALON.



ARMAND SILVESTRE

FRANCIS THOMÉ

et JULES CHERET

La Fée du Rocher



Ballet-Pantomime en deux Actes et six Tableaux.